LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN • VOLUMEN 15

¡SOFIE Y LA FIESTA DE CUMPLEAÑOS DE IMPORTANCIA INTERNACIONAL!

SEIS INVITADOS. TRES ORQUESTAS. NINGÚN PROBLEMA.



Basado en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 15

¡Sofie y la fiesta de cumpleaños de importancia internacional!

SEIS INVITADOS. TRES ORQUESTAS. NINGÚN PROBLEMA.

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - Seis personas



Sofie quería organizar una pequeña fiesta de cumpleaños.

Seis personas. Una mesa redonda. Una tarta. Unas cuantas flores. Sin escenario, sin fuegos artificiales y, expresamente, sin delegaciones.

El cumpleaños era de Mira, a quien le gustaban los grandes eventos siempre que no tuviera que asistir a ellos. Por eso Sofie le había prometido una velada tranquila.

Diseñó seis invitaciones, eligió servilletas de color crema y reservó el pequeño invernadero de la Casa de Recepciones de Goldhain. En la casilla Número de participantes escribió un 6 muy claro.

En Motivo escribió: cumpleaños privado.

En Peticiones especiales escribió: pequeño, acogedor, sin complicaciones.

Después envió el formulario.

A la mañana siguiente llamó la Casa de Recepciones.

«Su evento ha sido trasladado al Gran Salón».

Sofie se quedó con la tacita de espresso suspendida en el aire. «¿Por qué?».

«El invernadero no está autorizado para seis grupos internacionales».

«Seis personas».

Al otro lado de la línea crujió un papel.

«Aquí pone 6 P».

«P de personas».

«Nuestro programa interpreta la P como países colaboradores».

Sofie cerró los ojos un instante.

«Pues cámbienlo».

«El Gran Salón ya está confirmado. Las banderas llegan a las diez».

Sofie miró sus seis invitaciones.

Había tenido un plan.

Ahora tenía espacio para ochocientas personas y, probablemente, una bandera por continente.

I. El Gran Salón

El salón de actos era más grande que algunas estaciones de tren.

Sofie se plantó bajo tres lámparas de araña y contempló la superficie destinada a una mesa con seis sillas. Sus pasos resonaron. En el otro extremo de la sala, un pequeño fenómeno meteorológico podría haber pasado desapercibido.

El señor Balduin, el conserje, le mostró la reserva. Seis grupos colaboradores. Recepción internacional. Aniversario privado.

«Cumpleaños», dijo Sofie.

«El sistema lo ha convertido en aniversario».

«¿De qué?».

«Sin determinar».

Sofie dejó su bolso organizador en el suelo. Una persona sensata lo habría cancelado todo. Sofie era diseñadora de eventos. Una sala vacía no le parecía un problema, sino una cantidad poco razonable de posibilidades sin aprovechar.

«Pondremos la mesa en el centro», decidió.

El señor Balduin recorrió el salón con la mirada. «Parecerá muy pequeña».

«Entonces haremos más pequeño el centro».

Planeó un círculo de flores, lámparas cálidas y cortinas ligeras. El resto del salón quedaría a oscuras. Una sala iba a convertirse en una habitación.

El nuevo plan era elegante.

A las diez menos cuarto se detuvo ante la entrada un camión cargado con ochenta sillas.

II. La primera entrega

El conductor tenía un albarán para seis grupos con acompañantes.

Sofie le enseñó las seis invitaciones.

Él le enseñó ochenta sillas.

«El pedido está pagado», dijo.

«¿Por quién?».

«Por el Fondo de Intercambio Internacional».

El fondo había descubierto el evento generado automáticamente y aprobado una subvención antes de que nadie pudiera explicar que Mira solo celebraba su cumpleaños.

Sofie llamó. Una voz amable la felicitó por haber sido seleccionada como Formato de encuentro del mes. No era posible devolver las sillas. Las devoluciones solo se admitían después del evento.

Sofie miró al conductor. «Coloque dieciséis. Apilaremos las demás junto a la pared».

Seis sillas se convirtieron en dieciséis, porque en un salón tan grande la simetría exigía una cantidad mínima. Más tarde, Sofie retiró una fila. Después añadió dos sillones. Al final, la pequeña mesa quedó dentro de un acogedor semicírculo.

«Ahora tiene nueve asientos», observó el señor Balduin.

«Tres son atmosféricos».

El conductor descargó las sillas restantes.

Cuando Sofie terminó de ocultar con telas la última hilera de pilas, llegó un segundo camión.

Traía flores para una recepción de Estado.

Antes, sin embargo, hubo que revisar cada silla. Algunas cojeaban, otras tenían cojines de distinta altura y una llevaba debajo una pequeña placa de latón indicando que estaba reservada exclusivamente para discursos solemnes. Sofie las ordenó por altura y pidió al señor Balduin que pegara fieltro bajo las patas inquietas.

Con las seis más bonitas formó el círculo verdadero. Las demás se transformaron en paredes: las pilas desaparecieron tras paños, plantas y lámparas hasta parecer columnas arquitectónicas. El conductor contempló el resultado y preguntó si siempre planificaba así.

«No», dijo Sofie. «Normalmente los problemas ocurren en un orden razonable».

III. El incidente botánico

Había flores suficientes para una boda real.



Rosas, lirios, hortensias y ramas llenaban cajas, jarrones y dos árboles con ruedas. El albarán enumeraba seis centros de mesa. Al parecer, cada uno estaba calculado para una mesa de cuarenta personas.

Sofie pensó en el deseo de Mira: unas cuantas flores.

«Son unas cuantas», dijo el florista. «Varias cuantas».

Sofie podría haber rechazado la entrega. Entonces miró los arcos del Gran Salón y desarrolló un tercer plan.

No construyó una recepción de Estado. Construyó un jardín.

Las flores enmarcaron la pequeña isla de mesas. Los árboles rodantes ocultaron las pilas de sillas. Un estrecho arco floral señaló la entrada. Sofie se subió a una escalera y fijó ramas bajo las lámparas de araña.

El salón se volvió más cálido. No más pequeño, pero sí más amable.

Mira escribió: ¿Todo tranquilo?

Sofie fotografió únicamente el diseño de la tarta y respondió: Por completo.

En ese momento, el señor Balduin hizo rodar una alfombra roja por la puerta.

«Pertenece a la reserva internacional».

«No necesitamos una alfombra roja».

«Mide noventa metros».

Sofie contempló el vestíbulo, la amplia escalinata y la calle del exterior.

Su cuarto plan comenzó sin pedir permiso.

IV. El camino rojo

La alfombra no cabía en el Gran Salón. Tampoco cabía entera en la Casa de Recepciones.

Así que Sofie la llevó desde la pequeña mesa de cumpleaños, a través del salón, por la escalera, cruzando el vestíbulo y hasta la puerta principal. Todavía sobraban dieciocho metros.

El señor Kamm, de la Oficina de Orden Público, apareció porque una alfombra roja sobre una acera constituía una ocupación temporal. Traía cordones de seguridad.

«Solo son seis invitados», dijo Sofie.

El señor Kamm miró la alfombra. «No se perderán».

Los cordones hicieron oficial la entrada. Los transeúntes se detuvieron. Una señora mayor preguntó a quién esperaban. Sofie respondió: «A Mira».

La mujer asintió, impresionada, aunque no conocía a Mira.

En menos de una hora había tres fotógrafos junto a la alfombra. Habían oído que una personalidad internacional celebraba algo en Goldhain. Sofie explicó que Mira fotografiaba mariposas y que, sin duda, era toda una personalidad, aunque no en el sentido esperado.

Los fotógrafos se quedaron. Ya habían montado sus cámaras.

Sofie les sirvió té y les pidió que no asustaran a Mira.

Con pequeñas tiras de cinta adhesiva marcó exactamente dónde podían situarse los fotógrafos. Ninguna cámara debía apuntar directamente a la mesa de cumpleaños. Ningún flash podía alcanzar el invernadero sustituto. Quien quisiera una foto tendría el arco floral, la alfombra y, más tarde, quizá el consentimiento de Mira.

Los fotógrafos aceptaron las reglas con sorprendente entusiasmo. Las líneas claras les resultaban familiares. Uno incluso ayudó a poner peso en el extremo de la alfombra para que no volviera a enrollarse. Otro fotografió únicamente la escalera vacía y declaró que ya lo contaba todo sobre la importancia que se esperaba.

Sofie decidió no preguntar a qué importancia se refería.

Entonces llegó la primera orquesta.

V. La primera orquesta

Era una orquesta de cámara con doce integrantes.

La directora le enseñó a Sofie una confirmación para el acompañamiento musical durante la recepción. El fondo cultural había contratado al conjunto.

«Solo necesitamos música ambiental suave», dijo Sofie.

«Sabemos tocar suave».

La orquesta se colocó detrás de las flores e interpretó una pieza delicada que sonaba realmente maravillosa. Sofie se relajó. Doce músicos eran más que seis invitados, pero cabían en el salón sin llenarlo.

Mira vería el jardín, oiría la música y quizá nunca descubriría que todo se había vuelto internacional por accidente.

Entonces apareció la segunda orquesta.

Estaba formada por veinticinco músicos de viento y un gran bombo.

Su director explicó que los habían contratado para la entrada solemne. Sofie señaló a la orquesta de cámara. Ambos directores compararon sus documentos. Las dos reservas eran válidas.

Sofie repartió las tareas. Los instrumentos de viento tocarían fuera, muy brevemente y solo a la llegada de los invitados. La orquesta de cámara permanecería dentro.

«¿Y el bombo?», preguntó el señor Balduin.

Sofie señaló el rincón más alejado del jardín.

El percusionista comprendió. Los buenos músicos reconocían los cumpleaños delicados.

A la una apareció la tercera orquesta.

Tenía el mismo número de reserva que las otras, aunque una hora diferente y una nota adicional: puente musical entre culturas. Sofie contempló los estuches de los instrumentos. Había tantos puentes que podrían haber cruzado el salón entero.

Pidió a los tres directores que mostraran su volumen por separado. La orquesta de cámara tocó como lluvia contra una ventana. Los vientos, incluso al mínimo, sonaban como una llegada real. La orquesta de salón podía ser elegante y discreta al mismo tiempo, algo que Sofie reconoció de inmediato como una competencia esencial.

Después repartió horarios, recorridos y salas de descanso. Tres reservas rivales se convirtieron en un programa.

VI. Tres orquestas, seis platos

El tercer conjunto era una orquesta de salón vestida con chaquetas blancas. Debía tocar durante la cena.

Sofie se encontraba entre tres directores, seis platos para invitados y ochenta sillas.

«Podríamos turnarnos», sugirió la directora de la orquesta de cámara.

«O tocar juntos», dijo el director de los vientos.

El director de la orquesta de salón sonrió. «¿Qué pieza?».

Probaron una sencilla melodía de cumpleaños. Las cuerdas empezaron con suavidad, los vientos entraron en la segunda frase y la orquesta de salón añadió por debajo un ritmo bailable. El gran bombo dio un solo golpe al final.

La lámpara de araña tembló.

Sofie levantó un dedo. «Medio bombo».

El siguiente intento fue perfecto: grande, cálido y sorprendentemente personal.

Sofie escribió un programa. La primera orquesta recibiría a los invitados en el salón. La segunda tocaría cuatro compases fuera con cada llegada. La tercera acompañaría la tarta. Solo tocarían juntas una vez.

«¿Para seis personas?», preguntó el señor Balduin.

«Así cada una tendrá diez músicos en exclusiva».

Aceptó el cálculo.

Detrás de la puerta principal ya parpadeaban cámaras. Tres fotógrafos se habían convertido en doce.

Sofie hizo traer agua, fruta y una zona de descanso para cada orquesta. No se podía dejar un único plato de galletas a unos músicos que debían esperar seis horas y confiar en la armonía internacional. Ruby llegó con cestas de la panadería y se hizo cargo del abastecimiento.

«¿Cuántos invitados?», preguntó.

«Seis».

Ruby miró más allá de las tres orquestas. «Naturalmente».

Dejó las cestas sin pedir más explicaciones. A veces, la amistad consistía en aceptar la magnitud de algo antes de entender su causa.

VII. La prensa internacional

La historia había llegado al servicio regional de noticias.

Una línea mal interpretada calificaba la fiesta como aniversario privado con seis países colaboradores. Nadie sabía de qué aniversario se trataba. Precisamente por eso parecía importante.

Llegaron reporteros de ciudades vecinas. Dos llevaban auriculares para traducción simultánea. Una corresponsal preguntó si habría una declaración final.



«Habrá tarta», dijo Sofie.

La corresponsal anotó algo.

Sofie preparó una zona de prensa en la sala contigua. No porque planeara una rueda de prensa, sino para mantener las cámaras lejos de la mesa de cumpleaños. Había un atril guardado en el almacén. El señor Balduin lo instaló. Detrás ya colgaban las banderas de los supuestos países colaboradores.

Sofie redactó tres reglas:

Ninguna pregunta a Mira sin su consentimiento.

Ninguna cámara durante la comida.

Ninguna interpretación diplomática de la tarta.

La tercera regla surgió porque el pastelero había entregado una tarta con seis flores de azúcar. Un reportero las tomó por símbolos de los seis países colaboradores.

«Son rosas», dijo Sofie.

«Seis rosas», respondió el reportero.

Sofie cubrió la tarta.

Algunos significados necesitaban protección temporal frente a la opinión pública.

Sofie dio a la prensa un horario preciso: seis minutos para fotografiar el salón, cinco minutos para hacer preguntas a la organizadora y cero minutos para retransmisiones improvisadas desde la mesa de cumpleaños. Los reporteros negociaron. Sofie se mantuvo amable e inamovible.

Cuando una cámara rodó aun así hacia la pequeña mesa, colocó delante su bolso organizador. Era color vino, elegante y sorprendentemente eficaz como control fronterizo.

La corresponsal de los auriculares preguntó si Sofie diseñaba profesionalmente cumbres internacionales.

«Cumpleaños», respondió Sofie.

«¿Son muy diferentes?».

Sofie miró las banderas. «Hoy no lo suficiente».

VIII. Los invitados de honor

A las tres, el ayuntamiento anunció que varios representantes culturales estaban de camino.

Habían visto los reportajes y querían aprovechar la ocasión para intercambiar ideas. Sofie volvió a explicar que aquello era un cumpleaños. El ayuntamiento respondió que los cumpleaños eran ocasiones excelentes para el intercambio cultural.

Llegaron seis vehículos.

De cada uno bajó una persona con un pequeño regalo. Ninguna delegación traía acompañantes. Eran amables, estaban ligeramente confusos y parecían aliviados de que no hubiera discursos políticos previstos.

Sofie los sentó en las tres sillas atmosféricas y en otras seis de la pila. La zona de mesas tenía ahora quince asientos.

«Mira quería seis personas», dijo el señor Balduin en voz baja.

«Mira tendrá seis personas».

Sofie instaló una segunda mesa en el jardín para los representantes culturales. Las orquestas tocaron allí por turnos. La prensa permaneció en la sala

contigua. La verdadera mesa de cumpleaños quedó protegida por flores y cortinas.

En medio del gran evento apareció una pequeña isla a salvo.

Sofie la contempló.

El quinto plan era el primero que volvía a parecerse al original.

Entonces Mira escribió: Llego en diez minutos.

IX. La llegada de Mira

Sofie fue a la entrada.

La alfombra roja estaba extendida. Doce cámaras esperaban detrás del cordón. La banda de viento levantó sus instrumentos. El señor Kamm mantenía la acera despejada. Tres representantes culturales se encontraban por casualidad en el vestíbulo.

Mira llegó en bicicleta.

Frenó delante de la alfombra y miró hacia la Casa de Recepciones. «¿Hay algo más aquí?».

Sofie sonrió. «Técnicamente, no».

Mira vio las cámaras. «Sofie».

«Todo está bajo control».

Los vientos tocaron cuatro compases. Muy suavemente. El bombo guardó un silencio absoluto.

Mira empujó la bicicleta por la alfombra roja. Los fotógrafos respetaron las reglas de Sofie y solo la retrataron de espaldas. Uno interpretó la bicicleta como un símbolo de diplomacia con los pies en la tierra.

En el vestíbulo esperaban las cinco amigas invitadas. Abrazaron a Mira, se reunieron a su alrededor y la condujeron bajo el arco floral.

Cuando Mira vio la pequeña mesa, se detuvo.

Seis sitios. Una tarta. Luces cálidas. Unas cuantas flores, si no se contaba el jardín que había detrás.

«Lo has mantenido pequeño», dijo.

Sofie miró por una rendija de la cortina a tres orquestas, seis representantes culturales y una zona de prensa internacional.

«He mantenido pequeña la parte pequeña».

Mira se echó a reír.

Con eso quedó cumplido el punto más importante del programa.

Sofie no llevó a Mira directamente a la mesa. Primero se quedaron bajo el arco floral, donde el ruido del vestíbulo se apagaba detrás de ellas. En tres frases, Sofie explicó lo ocurrido: letra, fondo cultural, escalada. Mira escuchó, volvió a mirar la alfombra y empezó a reírse.

No por cortesía. No con prudencia. Con tantas ganas que tuvo que sujetarse a la bicicleta.

«Has convertido una errata en una recepción de Estado».

«He rescatado un cumpleaños de una recepción de Estado».

Mira se secó los ojos. «Eso sí suena más a ti».

Solo entonces entraron.

X. La fiesta en el centro

Las seis amigas se sentaron. La cortina amortiguaba la música. Las cámaras permanecieron fuera. Sobre la mesa había exactamente seis platos y seis copas.

Mira abrió los regalos. Eran cosas pequeñas: un álbum de fotos, una bufanda, una planta, una carta escrita a mano, una caja para tapas de objetivos. Ninguna tenía importancia internacional.

Sofie sirvió tagliatelle con trufa desde una pequeña cocina detrás del salón. Después trajo la tarta.

La orquesta de salón tocó suavemente. La orquesta de cámara entró al cabo de ocho compases. Fuera, los vientos permanecieron callados hasta que se encendieron las velas.

Mira cerró los ojos y pidió un deseo.

Sofie hizo una señal al gran bombo a través de la cortina.

Un único golpe suave sonó cuando Mira apagó las velas.

El salón aplaudió. No solo la pequeña mesa. Tras las cortinas también aplaudieron los músicos, los representantes culturales, los periodistas y el señor Kamm.

Mira abrió los ojos. «¿Cuánta gente hay aquí?».

Sofie empezó a cortar la tarta. «¿Quieres la respuesta sincera o la respuesta de diseño?».

«La de diseño».

«Seis. Con muchísimo ambiente».

XI. La rueda de prensa

Después de cenar, Mira preguntó si podía ver el evento que supuestamente no estaba ocurriendo.

Sofie abrió la cortina.

El Gran Salón resplandecía. Las orquestas estaban sentadas entre flores. En el jardín, los representantes culturales conversaban. Las cámaras esperaban en la sala contigua. La alfombra roja llegaba hasta la pequeña mesa.

Mira lo contempló todo con la calma de una fotógrafa que acaba de descubrir una mariposa rara.

«¿Todo esto ha pasado por mi tarta?».

«Por una letra».

La prensa pidió una breve declaración. Mira aceptó, siempre que Sofie se quedara a su lado.

Subieron al atril. Los flashes estallaron.

Una reportera preguntó qué simbolizaban las seis rosas.

Mira respondió: «Seis trozos de tarta, si Sofie corta con justicia».

Otra preguntó por el mensaje de la bicicleta.

«Que no me gusta buscar aparcamiento».

Los representantes culturales se rieron. La prensa tomó notas.

Sofie explicó el error de la reserva. Nadie quedó decepcionado. Al contrario: la verdad era mejor que la diplomacia imaginada.

La rueda de prensa duró siete minutos. Su declaración final fue: los cumpleaños pueden ser pequeños, aunque el salón se haga grande.

XII. El desmontaje

A última hora de la noche se marcharon los invitados. Los representantes culturales se llevaron tarta. Los reporteros enrollaron sus cables. Las tres orquestas tocaron juntas una última pieza tranquila.

Después se hizo el silencio.

Sofie se sentó junto a la pequeña mesa. Su bolso organizador descansaba cerrado bajo una mano. Enrollaron la alfombra roja, apilaron las sillas y cubrieron las cámaras.

Mira se quedó un poco más.

«¿Fue horrible?», preguntó.

Sofie tomó un espresso. «Fue diferente».

«Hiciste cinco planes».

«Seis».

«¿Cuál fue el mejor?».

Sofie miró la mesa redonda de seis plazas. «El primero. Solo tuve que encontrarlo debajo de los demás».

Mira le hizo una foto: Sofie con la taza, el pequeño resto de tarta y el enorme salón vacío al fondo.

Más tarde, fue la única imagen de aquella noche que Sofie enmarcó.

Ni la alfombra roja. Ni las orquestas. Ni el atril.

La pequeña mesa en la gran sala.

Antes de marcharse, Sofie contó los seis platos. De cada uno faltaba exactamente un trozo de tarta. Las velas se habían consumido, las copas estaban vacías

y las servilletas arrugadas. Eran las discretas huellas de un cumpleaños auténtico, completamente independientes del tamaño del salón.

El señor Balduin quiso saber a qué centro de costes debían cargarse las flores sobrantes. Sofie escribió en el recibo: Malentendido con final feliz.

Él contempló la frase. «Eso no es un centro de costes».

«Entonces debería serlo».

El señor Balduin guardó el recibo en el bolsillo. Muchas categorías útiles nacían así en la Casa de Recepciones.

Final - Siete personas

Una semana después, Sofie recibió una carta del Fondo de Intercambio Internacional.

La fiesta de cumpleaños había sido premiada como formato ejemplar de encuentro internacional. El fondo quería repetir el concepto al año siguiente.

Número previsto de participantes: seiscientos.

Sofie tomó un bolígrafo rojo y tachó dos ceros.

Al lado escribió: seis personas.

Fotografió la corrección y se la envió a Mira.

Mira respondió: ¿Invernadero esta vez?

Sofie escribió: Salón esta vez.

En el cumpleaños siguiente había seis sillas en el piso de Mira. La tarta era pequeña, las flores cabían en un jarrón y ninguna orquesta esperaba en el pasillo.

Sofie contó a los invitados.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Entonces sonó el timbre.

Delante de la puerta estaba el señor Balduin con una alfombra roja doblada.

«Seguía guardada a su nombre».



Sofie miró hacia el salón. Después a la alfombra. Luego sonrió lentamente.

«Solo hasta la mesa de la cocina», dijo.

Mira llamó desde la habitación: «Sofie».

«Muy pequeño», prometió Sofie.

La alfombra se desenrolló por el pasillo.

Eran siete personas.

Pero solo había seis sillas.